

tigo de su libertinaje. «*Yo te enseñaré*, dijo Rafael al joven Tobías, *sobre quiénes tiene poder el demonio*; son aquellos que aun en el estado del matrimonio excluyen á Dios de sí y de su pensamiento para no pensar sino en soltar la rienda á sus pasiones, ni más ni menos que las bestias.»¹ ¿Qué diría el santo arcángel de aquellos esclavos del vicio que, dentro y fuera del matrimonio, viven totalmente entregados á los perversos deseos de su corazón? ¡Ojalá no sean ellos mismos nuevos escarmientos del poder del demonio sobre las almas corrompidas!

II. Acojámonos al poderoso patrocinio de este genio tutelar. Él está dispuesto á hacer con sus devotos los mismos buenos oficios que ejercitó con el virtuoso Tobías. «¿Qué le daremos en pago de tantos beneficios que sea proporcionada recompensa?—decía el agradecido cliente;—aunque le ofreciéramos todos nuestros bienes, jamás podríamos desempeñarnos.» En efecto, cristianos: ¿quién es capaz de enumerar someramente los favores que nos dispensa nuestro Protector? No sólo nos acompaña por las sendas de la vida, librándonos de innumerables riesgos de perderla, sino que, haciéndose gerente de nuestros negocios, y hasta de nuestra felicidad temporal, nos proporciona bienes convenientes para nuestra salvación, y estado feliz para servir á Dios: en una palabra, «nos colma de todos los bienes»². Y, como si todo esto no bastara á su generosidad, nos da paz y alegría en el Señor, serenando nuestros pechos turbados por el temor de los males que nos rodean³. ¿Qué más? Él nos enseña con las máximas de la más exquisita prudencia el gran secreto de la vida en el

¹ Tob. 6, 17.

² Bonis omnibus per eum repleti sumus (Tob. 12, 3).

³ Pax vobis: nolite timere (ibid. 12, 17).

tiempo y en la eternidad: temer á Dios, obedecer á sus preceptos, bendecirle en todo tiempo y circunstancia, practicar obras de misericordia y de piedad. Aprendamos, amados hermanos, tan saludables lecciones, para que algún día, después de merecer la protección del santo arcángel durante nuestra peregrinación sobre la tierra del cautiverio, podamos decir con él: «Tiempo es ya de volver al seno del Criador, para gozar eternamente de su vista en compañía de los ángeles y bienaventurados.» Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN AGUSTÍN, OBISPO Y DOCTOR

(predicado en la fiesta de su conversión, en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1896).

Victoria de San Agustín en su conversión.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei... et scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei.

Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, ... y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de Dios.

Apoc. 3, 12.

1. Nada regocija tanto al corazón humano como el grito de victoria. Á este acento penetrante, mágico, envuelto en ondas de marcial armonía, engrandecido por el sonoro estruendo del cañón y del sagrado bronce, repercutido por mil voces en calles y plazas, los bravos se transportan de entusiasmo loco; los medrosos y afligidos respiran; los indiferentes se despiertan de su insensato marasmo; la tierra se inunda de alegría, y hasta la muda naturaleza parece participar del regocijo uni-

versal. Y tanto más grandioso es el efecto del grito de victoria, cuanto más gigantesca y encarnizada fué la lucha; el éxito más incierto, y los resultados más trascendentales. Y no vayáis á creer, amados fieles, que estas escenas sólo tengan lugar cuando se trata de luchas materiales, en que, cuerpo á cuerpo, se disputan los hombres un palmo de tierra ó un puñado de oro, laureles ó intereses más ó menos pasajeros y de carácter terrenal. ¡No, por cierto! Porque, así como hay intereses más elevados, bienes de orden superior que se debaten en más fieras lides, en campos de batalla más dilatados y contra enemigos más arteros que todos los humanos¹; así también hay victorias sin comparación más gloriosas y, por lo mismo, más exuberantes de alegría². Luchas hay, hermanos míos, en que toman parte el cielo, la tierra y los abismos. ¡Qué victoria la de Miguel contra Lucifer! Fué la primera que se vió en los dominios del Criador³; y los ecos de aquel inolvidable y magnífico triunfo aún no se han apagado, antes siguen dilatándose hasta los confines de los siglos, de generación en generación, reproduciendo incesantemente inefables alegrías en la corte del Altísimo. Fué aquélla la victoria de Dios más bien que del Capitán general de los ejércitos angélicos: por eso fué tan grande y de imperecedera remembranza. Tras ella siguieron otras muchas, una cadena de triunfos en no interrumpida serie de combates; porque tal es la ley del universo, así en lo físico como en lo moral, luchar constantemente, vencer y ser vencido. Así la luz con las tinieblas vive en perpetua contienda, la muerte con la vida, el error con la verdad, el bien con el mal, el

¹ Eph. 6, 12.² 2 Cor. 7, 4.³ Apoc. 12, 7.

cielo con la tierra, Jesucristo con Belial, Dios con la criatura. ¡Extraña afirmación ésta, cristianos, pero ninguna más cierta ni más atestiguada por los oráculos de las Sagradas Escrituras. Jesucristo, vencedor del mundo y del infierno¹, nos convida á vencer como él, halagándonos desde el trono de su gloria con los lauros inmarcesibles del triunfo. *Al que venciere, dice, daréle corona de inmortalidad, trono de rey junto al mío al lado de mi Padre*². *Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y escribiré sobre él el nombre de la Ciudad de Dios, la Ferusalén nueva....*³

2. Decidme ahora, cristianos congregados en este templo á la gran festividad que hoy celebra la Iglesia de Dios y la religiosa familia agustiniana: ¿no es una de esas victorias gloriosísimas la que venís á solemnizar en este día? ¿es otra cosa la conversión del incomparable Doctor y Lumbrera del mundo, el nunca bastantemente alabado San Agustín? Decid, pues, si tenemos razón para cantar rebotando de júbilo: *Grande es el Señor y digno de alabanzas infinitas, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo*⁴. ¿Quién es este monte de santidad ó de Sión que se levanta sobre el cimiento de su conversión con alegría de toda la tierra⁵, sino aquel hombre extraordinario cuyo genio y cuya gloria se encumbran por encima de todos los colosos de saber y de virtud, que han descollado en la historia? ¿Quién ha de ser sino Agustín?

3. Su conversión, para declarar todo mi pensamiento, es el triunfo más brillante obtenido por Dios sobre el hombre rebelde, por Jesucristo sobre el demonio, por

¹ Apoc. 5, 5.² Ibid. 3, 21.³ Ibid. 3, 12.⁴ Ps. 47, 2.⁵ Ps. 47, 3.

la gracia sobre la naturaleza. La naturaleza, reducida en Agustín al último grado de debilidad moral, es rehabilitada y elevada por la fuerza de la gracia; la razón ofuscada por el orgullo es vencida por la luz del Verbo; el Criador triunfa completamente sobre su criatura, haciéndola servir á su mayor gloria. He ahí todo mi plan. Mas no puedo ni debo dar principio á mi discurso sin hacer pública la expresión de mi religiosa gratitud, por la honrosa y no merecida designación hecha en la humilde persona del último de los miembros de la Compañía de Jesús, para anunciar hoy, desde este púlpito, las glorias del ínclito Fundador y Padre de la religión agustiniana. Á los Reverendos Padres *Candelarios*¹ de esta provincia debe la familia de Ignacio, entre otras singulares muestras de fraternal afecto, dos elocuentes oraciones en alabanza de San Ignacio su Padre: ¡ojalá fuera dado al más indigno de sus hijos retornar cumplidamente el obsequio recibido, correspondiendo á la alteza del asunto y á la grandeza de la deuda contraída! Para conseguirlo os ruego que me ayudéis, etc. *Ave María.*

I.

4. Por muy gloriosa debe reputarse una victoria obtenida sobre pujante ejército de enemigos atrincherados en posición inexpugnable, y alcanzada á fuerza, no sólo de valor, sino de habilísima estrategia, y que sea finalmente, como suele decirse, decisiva y tal que deje totalmente abatido y postrado al antes indomable enemigo. Pues tal fué, cristianos, como bien lo sabéis por la historia de Agustín, tan conocida en el mundo cristiano, la victoria de la gracia sobre la naturaleza en

¹ Agustinos descalzos, así llamados en Bogotá.

el teatro del corazón de este grande hombre. Grande y magnífica en sí misma, no fué menos admirable en su plan (feliz combinación de fuerza y suavidad), ni menos completa en sus resultados. Mas ¿qué puedo yo deciros, en asunto tan conocido y tan brillantemente manejado así en la oratoria como en la ascética, que vosotros no sepáis mejor que yo? ¿Dónde hallaré colores más vivos para bosquejar este hermoso cuadro que los empleados, con maestría inimitable, por el mismo vencedor y vencido, héroe y cantor, al mismo tiempo, de esta divina epopeya? Abrid el bello libro, digo mal, los trece libros de sus Confesiones, y allí veréis el cuadro completo de este triunfo: el campo de batalla, las fuerzas respectivas de los contendientes, lo porfiado y sangriento de la lucha, las mil alternativas, cargas y retiradas de esta singular campaña, el final y venturoso desenlace. Una ojeada nada más sobre ese interesante cuadro....

5. El campo no era otro que su propio corazón; los combatientes, Dios y su criatura, la gracia y la naturaleza. ¡Cosa que espanta, hermanos míos! ¡La criatura combatiendo orgullosa, en medio de su infinita pequeñez, contra la infinita majestad de su Criador! «¿Por qué, — exclamaba Agustín con el Santo Job, — por qué desgracia, Señor, me has de mirar como enemigo?»¹ ¡Ah! el misterio estaba revelado en el fondo mismo de esta naturaleza rebeldé y pecadora. «¿Por qué no haces desaparecer de mí el pecado?»² Por eso luchaba Agustín, porque, á pesar de yacer en el abismo de la culpa, amaba el bien con toda la fuerza primitiva de un ser creado para sólo Dios, de tal suerte que no

¹ Job 13, 24.

² Iob 7, 21.

halla quietud hasta tanto que no descansa en él¹. Para destruir el pecado en el corazón de su noble y desgraciada criatura, lucha Dios con la fuerza de su gracia, «mostrando su omnipotencia contra una hoja que arrebatada el viento»², hoja débil, pero cuya debilidad constituye precisamente su fuerza misteriosa; hoja voluble al menor soplo del viento, pero cuya volubilidad é inconstancia es el mayor obstáculo para la estabilidad en el bien, para la virtud, para la felicidad. Fuerza de inercia, hermanos míos: he ahí la que opone el pobre corazón humano á los llamamientos de Dios, á las prescripciones del deber; y ¿quién será capaz de aniquilar esa fuerza del *no puedo*? Y ¿de dónde nace esta espantosa inacción para el bien? ¿qué es lo que constituye esta especie de pesantez que, atrayendo al hombre hacia la tierra, no le deja levantarse hacia el cielo, en busca de su verdadero centro? El mismo Agustín nos lo declara: «Tu peso es tu amor»³; y, como amas lo terreno, por eso te es como imposible alzar el fango en que yaces sepultado. «¡Miserable corazón humano!» — exclama el Santo, — «partido entre el amor y el odio; una parte camina y otra es arrastrada; mientras con la una se pone en movimiento, con la otra se detiene agobiado con su peso; quiere y teme la misma cosa, ama lo mismo que aborrece. La voluntad manda, es verdad, pero ella misma no obedece: desea y es el mayor obstáculo á sus mismos deseos.»⁴ Á esta impotencia para obrar el bien, reconocida en sí mismo por aquel que debía sostener tan enérgicamente la absoluta necesidad de la gracia, añádase la violenta y como irresistible inclinación hacia el mal,

¹ Conf. lib. 1, cap. 1.

² Job 13, 25.

³ Conf. lib. 13, cap. 9.

⁴ Ibid. lib. 8, cap. 8.

nativo efecto de la original concupiscencia, y se comprenderá la grandeza del poder necesario para vencer en esta suprema lucha del espíritu contra la carne. ¡Estado tristísimo á que reducen al hombre las pasiones! ¿Quién lo experimentó ni conoció mejor que aquel á quien le costó tantas lágrimas? Una vez lanzado en esa senda á la edad en que los deseos de goces materiales fermentan en el corazón y encienden los sentidos, no halló satisfacción en las castas delicias de una amistad inocente y de afecciones legítimas. «Desde el fondo impuro de la concupiscencia que llevaba yo dentro de mí, — dice el Santo — (y ¿quién no pudiera decir lo mismo?), levantábanse espesos vapores que oscurecían mi razón, no dejándome discernir entre las apacibles dulzuras de un afecto legítimo y aquellas desarregladas emociones que produce la pasión criminal: de allí, las furiosas tempestades desencadenadas en mi corazón; de allí, el desenfreno de mis deseos; de allí, la caída en horribles precipicios y verme finalmente sepultado en un abismo de maldad.»¹

6. Y, si tanta dificultad ofrecía á la conversión de Agustín, como á la de cualquier otro pecador, la flaqueza natural para la virtud, acrecentada por la innata propensión al vicio²: ¿qué pensar de aquella nueva y más insuperable fuerza de la costumbre hecha ley, convertida en segunda naturaleza todavía más depravada que la primera? ¡Ah, cristianos! compasión causa ver almas nobles y grandes, como la de Agustín, haciendo esfuerzos titánicos para romper cadenas remachadas, que son su desesperación y su vergüenza; verlas llorar, deses-

¹ Conf. lib. 2, cap. 2.

² Sensus humani cordis in malum proni sunt.... (Gen. 8, 21).

perarse, revolcarse en el suelo, como poseídas de extraño frenesí, llamar á gritos el favor del cielo y de la tierra, y todavía no sentirse libres de la afrentosa esclavitud de una pasión infame. ¿Quién no tiembla al contemplar la descomunal batalla trabada en el corazón de un Agustín? «¡Tan grande esfuerzo era menester para fundar el imperio romano!» — exclamaba el poeta¹; y nosotros, parodiando el famoso epifonema, podríamos decir: — «¡Tan difícil era la victoria de la gracia sobre la naturaleza en el corazón del que Dios destinaba para ser monumento eterno y grandioso de su omnipotencia!» «Tengo de hacerlo columna en el templo de mi Dios.»² Pero ¡gracias sean dadas por siglos de siglos al Dios de las misericordias! la victoria coronó al fin los esfuerzos de nuestro héroe; digo mejor, la gracia triunfó de la pobre y contumaz naturaleza para coronar la noble frente del vencido. Y no es preciso que yo me detenga á presentaros la patética escena del huerto de Milán, donde, con la última detonación de la voz misteriosa que combatía en el alma de Agustín, quedó decidida y consumada la victoria³.

7. Mas no debo pasar por alto las maravillosas trazas y, dijéramos, artificios de infinita ternura y suavidad de que se valió el Señor para rendir esta, al parecer, inexpugnable fortaleza del pecho de Agustín, á fin de que, en tanto que campeaba la fuerza de su brazo, no quedase por eso anonadada la acción de la humana libertad. Aquel Dios, tan sabio y bondadoso como omnipotente, dispuso las cosas en esta obra de su diestra del modo que dice el Espíritu Santo por el

¹ Tantæ molis erat romanam condere gentem (*Virg.*, Aen. lib. 1).

² Apoc. 3, 12.

³ Conf. lib. 8, cap. 12.

sabio: *con fortaleza y suavidad admirables*¹; fortaleza en la acción decisiva de su gracia y suavidad, en la manera de ir atrayendo y reduciendo al amor del verdadero bien la rebelde y caprichosa voluntad. ¿Quién duda que la conversión del gran San Agustín fué por excelencia la obra de la gracia eficaz y vencedora? ¡Harto había probado el hombre su impotencia! ¡Demasiado claro lo manifestó aquel rayo de sobrenatural claridad que iluminó la mente del ciego, y cerró de repente las llagas del corazón enfermo! Bastaron estas pocas palabras del Apóstol: *Revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no cuidéis de satisfacer los deseos de la sensualidad*², para obrar un cambio completo en aquella alma que tantos años había agonizado inútilmente. Así obra la gracia, y sólo ella, porque es la operación de Dios.... ¿No obró de igual manera en la conversión del Apóstol, postrando á Saulo para levantar á Pablo? ¿Quién no ve la mano del Señor en uno y otro lance? Una ráfaga del cielo los rodea súbitamente³: ambos caen por tierra, ambos son heridos por la voz de Dios, ambos se levantan transformados en hombres nuevos, revestidos de Jesucristo, á cuyo estímulo misericordioso no han podido resistir: *Dura cosa es dar coces contra el aguijón*⁴. Mas, por otra parte, ¿quién no admira la amorosa providencia de aquel Dios que, teniendo en su mano el corazón de su criatura, no quiere trocarlo con violencia sino irlo preparando para la transformación por largas é inescrutables vías, añadiendo toques á toques, gracias á gracias, descubriéndole gradualmente la verdad, esforzando poco á poco su flaqueza, hasta que la

¹ Sap. 8, 1.

² Rom. 13, 14.

³ Act. 9, 3 sqq.

⁴ Ibid. 9, 5.

venta caiga como por sí misma, y la llaga se cicatrice como naturalmente y por la acción del tiempo? He aquí lo que el mismo santo Doctor que, por íntima experiencia, había conocido el maravilloso proceder de la gracia, no acaba de admirar. «Dios, — dice, — va preparando poco á poco la voluntad humana para que abrace el bien; la caridad, débil en un principio, va fortaleciéndose por grados hasta hacerse heroica y perfecta, como la del martirio.»¹ ¡Qué de consejos, qué de ejemplos, qué de remordimientos y amarguras secretas, qué de decepciones, qué de atractivos celestiales no precedieron al triunfo de la gracia en el pecho de Agustín! «¿Cómo obrasteis, Señor, este cambio felicísimo, — habla el Santo con Dios, — sino haciendo que dejase de amar lo que amaba, y empezase á querer lo que Vos queríais?»² «¡Qué dulzura no encontré en la renuncia de mis vanos placeres, yo que tanto había temido el renunciarlos! Mi único placer fué desde entonces entretenerme con Vos, ¡oh Dios y Señor mío! ¡Vos solo fuisteis ya mi gloria, mis riquezas, mis delicias y toda mi felicidad!»³

Y veis aquí, cristianos, cómo la victoria obtenida por la gracia fué completa y decisiva. Agustín pasó, de un salto gigantesco, de pecador á santo. Basta para persuadirlo aquel total desprendimiento de todos los bienes de la tierra, honores, posición, aplausos, que siguió inmediatamente á su conversión; basta recordar aquellas dulcísimas lágrimas que inundaron su rostro en el momento de su bautismo, aquel éxtasis que tuvo en Ostia cuando suavemente departía con su santa madre acerca de las delicias de la vida futura, aquellos incendios de

¹ Epist. ad Sixt.² Conf. lib. 9, cap. 1.³ Ibid.

amor divino en que, neófito aún, se abrasaba ya su corazón....¹ ¡Quién pudiera detener la marcha del discurso para bañar el alma con la suavidad de afectos tan divinos! Pero el tiempo me obliga á pasar adelante, á fin de exponer la no menos pasmosa victoria de la luz del Verbo, *lumen de lumine*, sobre las tinieblas de la humana razón; que tal fué el segundo prodigio obrado en la conversión del mayor ingenio de la antigüedad cristiana.

II.

8. Si la naturaleza se mostraba reducida al último grado de debilidad para el bien en el corazón de Agustín pecador, la inteligencia prodigiosa de aquel hombre parecía haber llegado al más alto punto del saber, desde donde, como de un trono de luz, parecía capaz de descubrir y dominar todos los horizontes de la verdad. ¡Qué ingenio igualó al del Doctor por excelencia! ¿quién poseyó tanta penetración, tanta profundidad, tanta elevación de pensamientos? Y, al mismo tiempo, ¿quién superó á nuestro Santo en ansia de saber y en estudiosidad? ¿qué escuela no frecuentó, qué filósofos y sabios no le fueron familiares? No hay duda: Agustín, todavía catecúmeno, llegó á poseer toda la ciencia adquirida hasta entonces por todos los sabios de oriente y occidente. Y, sin embargo (no lo decimos nosotros, dícelo él mismo) ¿qué era todo aquel tesoro de ciencia puramente humano, acumulado en la vasta capacidad de tan gran talento, sino ignorancia y tinieblas? ¿no ha declamado el Santo en cien pasajes de sus obras contra esta vana ciencia, henchida de vanidad y or-

¹ Conf. lib. 10, cap. 6.